

Cubierta sobre restos arqueológicos del Molinete en Cartagena.

A. Cánovas Alcaraz

Arquitecto

Temperaturas Extremas arquitectos s.l.p

N. Maruri Mendoza

Arquitecto

Temperaturas Extremas arquitectos s.l.p.

A. Amann y Alcocer

Arquitecta

Temperaturas Extremas Arquitectos s.l.p.

La Historia no es más que una sucesión encadenada de contemporaneidades. Los restos edificatorios, edificios desmembrados y vapuleados por el tiempo, fueron alguna vez, en su momento preciso, arquitectura. Ahora, son oportunidades: condiciones únicas que requieren estrategias específicas.

Esta presentación pretende dar a conocer la estrategia proyectada y ejecutada en el Monte del Molinete de Cartagena en la costa mediterránea española. Un proceso que comenzó en 1996 con El Plan especial de protección y que continuó con el proyecto de urbanización de un conjunto del área urbana de más de 6 Ha.

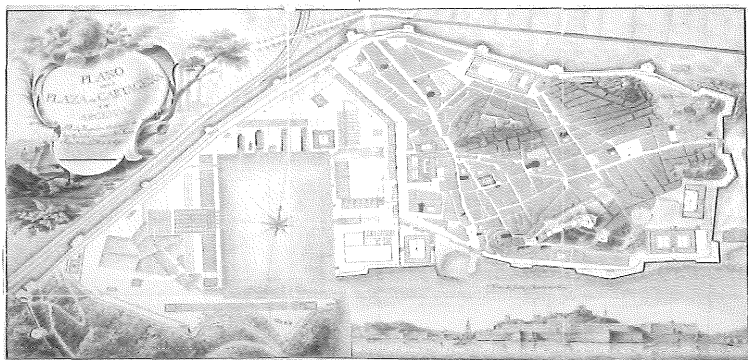
Los pasos actuales se centran en la excavación del conjunto, en su protección y su musealización convirtiendo los yacimientos en un continuo con la ciudad mediante el proyecto de una cubierta para la protección y la puesta en valor del yacimiento.

El conjunto de actuaciones ha obtenido el Premio Nacional de Restauración y Conservación de Bienes Culturales 2012.

ANTECEDENTES

El Cerro del molinete se encuentra situado en el corazón del casco histórico de la ciudad de Cartagena. Ocupado desde la antigüedad clásica y referenciado por Polibio como "Arx Asdrubalis", se colmata definitivamente como área residencial popular a finales del siglo XVIII, convirtiéndose a finales del siglo XIX y principios del siglo XX en el barrio de prostitución de la ciudad.

En los años cincuenta del siglo pasado comienzan los derribos masivos liberándose un total de casi seis hectáreas de suelo. En el año 1996 los arquitectos Atxu Amann, Andrés Cánovas y Nicolás Maruri plantearon una recuperación urbanística integral del barrio después de ganar dos Concursos convocados a tal efecto. El proyecto, premiado con el Premio de Urbanismo de la Región de Murcia, tenía por objeto restituir parte de la trama urbana perdida y hacerla compatible con una recuperación arqueológica tanto a cielo abierto como protegida, así como en los sótanos de la edificación residencial. En este sentido era un proyecto de sutura de la ciudad en varios niveles.



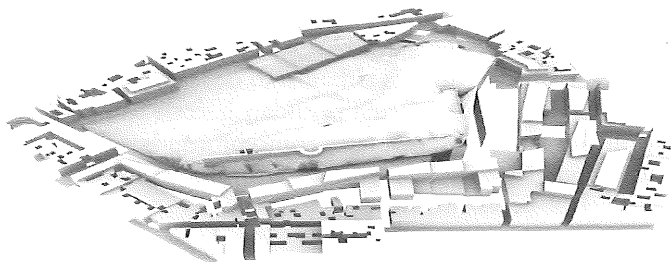
EL PROYECTO DEL PARQUE ARQUEOLÓGICO

Las ruinas arqueológicas.

El trabajo sobre la singularidad implica el rechazo a las sistemáticas, los códigos y los protocolos, propios de disciplinas tácticas que se alejan del proyecto arquitectónico como arma intelectual que funde pensamiento y acción.

El Proyecto de Parque Arqueológico, se entiende como una oportunidad que se enmarca no sólo desde una perspectiva cultural, sino también como dinamizador económico y social.

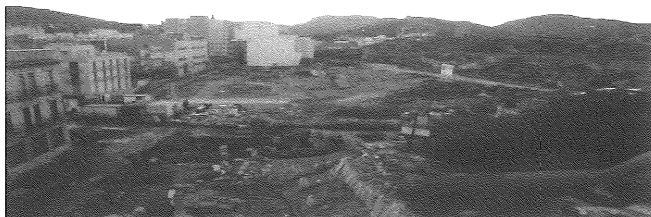
En las últimas décadas, la ciudad de Cartagena se ha ido transformando, pasando de ser una ciudad militar a una ciudad de servicios, en la que el turismo aparece como una alternativa prioritaria para el desarrollo económico de la zona. Por otra parte, la introducción de equipamientos culturales que complementan el conjunto residencial propuesto y sus correspondientes servicios, hacen de la actuación que nos ocupa, un punto esencial de la recuperación urbanística y social del casco histórico de la ciudad de Cartagena.



Vista general del barrio del Molinete

El desarrollo del Parque Arqueológico del Molinete se ha producido desde el año 2010, cuando las Administraciones locales y regionales apuestan por una política de inversiones con vistas a una recuperación de los valores arqueológicos y urbanísticos de la zona. Para ello, se comienza con la ejecución de un conjunto de campañas arqueológicas en la ladera de mediodía del cerro en el contacto con la ciudad consolidada, que dieron a conocer una serie de arquitecturas fundamentales para conocer la constitución urbana de la Cartagena remodelada por el Emperador Augusto en el Siglo I.

El área de investigación de unos 2.500 metros cuadrados queda delimitado por la existencia de dos decúmanos y un cardo, en cuyo interior se insertan unas termas, ya conocidas por una excavación en el año 1982, y un edificio de banquetes, asociado según los investigadores a un templo anexo erigido a divinidades orientales.



Estado previo a la actuación

El edificio de banquetes se estructura en dos plantas alrededor de un atrio tetrástilo de orden toscano, al que se accede desde el mediodía por las conocidas fauces; al atrio se adosan cuatro aulas en planta baja destinadas a los banquetes rituales, existiendo una habitación que remata hacia el norte el conjunto. Los arqueólogos detectan una utilización doméstica del edificio en los últimos años del siglo II, que lo convierten en una casa de vecindad volcada al atrio.

En el edificio que se adosa al descrito hacia poniente, separado por un muro de medianería se encuentran las termas, construidas en el siglo I. Se trata de un edificio extremadamente simple, constituido por un peristilo para ejercicios gimnásticos y una zona cubierta en la que van enlazándose los usos típicos de unas termas urbanas.

El grado de conservación de los edificios es bastante dispar; mientras que las termas sólo conservan la infraestructura, una pequeña parte de los pavimentos - con excepción del opus spicatum del peristilo - y una piscina, el edificio del atrio está conservado en zonas con un alzado de muros de hasta cuatro metros, conservando la totalidad del atrio y la escalera de subida al segundo piso, así como una buena cantidad de pinturas murales.

El proyecto de la cubierta

La conservación de elementos materiales in-situ, con un grado importante de debilidad y su incapacidad para sobrevivir a la intemperie, determina la decisión de conservar el conjunto bajo una cubierta que proteja y acompañe la visita.

Una vez descartada la opción de ofrecer cubriciones parciales que si bien ofrecen una solución al yacimiento no logran enfrentarse al conjunto de la trama urbana consolidada, se decide ofrecer una cubrición única.

Los problemas de la adecuación y pertinencia se plantearon como sustanciales; adecuación y pertinencia son fundamentales en la discusión sobre cualquier proyecto de arquitectura. Si esa pertinencia se sustenta no solo sobre la aceptación social sino también en las diferentes miradas profesionales que sobre el proyecto se detienen –y todas ellas establecen una cierta coincidencia– eso permite que de manera poco menos que milagrosa, se produzca un efecto de aceleración, en algunos casos sostenida en el tiempo, de la toma de decisiones. Ese efecto es continuado si como es el caso, se detecta un grado apreciable de efectividad política.

En este caso, el pensamiento sobre la solución, se inscribe no tanto en un elemento de protección, sino en el concepto de protección. Es propio de la arquitectura centrarse en la condición táctica del problema, artesanal si cabe; en fabricar en algún sentido la mejor cubierta posible, sólo por el hecho de que sea la mejor.

Nadie ha pedido otra cosa que no sea la cubrición, nadie acaba por pagar otra cosa y pocos van a valorar el resultado de una reflexión más profunda y un trabajo más abultado. Y el resultado que se obtiene sigue siendo obstinadamente propositivo, dar algo más de lo que se pide.



La cubierta de la Insula I del Molinete plantea un problema añadido al de su propia especificidad funcional que radica en su particular situación en el corazón de la ciudad consolidada. Este hecho implica una respuesta que no se centra únicamente en la obviedad de los comportamientos mecánicos y en los objetivos de conservación y visita.

No es posible intuir una solución razonable sin incluir un problema de forma y tamaño relacionados con la situación específica del proyecto. No se trata de un problema contextual referido a las formas imperantes sino más bien a la dimensión. El tamaño de la solución de cubierta se inscribe dentro de la continuidad del monte, pero también su facetado responde a una parcelación menuda en algún caso y desestructurada.

La solución intenta responder a esa doble situación con una condición formalmente única pero que a la vez se pliega para ofrecer una imagen más fragmentada hacia el conjunto urbano. La cubierta conecta entonces dos urbanidades distintas, un elemento que determina un límite y una conexión a la vez.

El tema de la cubierta arqueológica ha sido tratado de manera histórica con diversos matices; unas veces se ha comportado como un volumen neutro, otras como una cubierta laboratorio. Otras, como esfuerzo de reconstrucción de la preexistencia, en donde - según Marotta - *el proyecto ofrece una nueva hipótesis espacial*. El área arqueológica no se entiende tan sólo como un espacio neutro, sino como una nueva oportunidad de percibir la historia, tratándose entonces de invertir el proceso de excavación, generando una capa de atmosfera, una nueva gravedad sobre los restos arqueológicos. Se trata de construir un paseo onírico.

Desde la perspectiva constructiva, la cubierta tiene la necesidad real de salvar grandes luces para preservar los restos arqueológicos sobre los que se apoya y esa estructura determina en algún sentido, su forma y su manera de mostrarse. Es un elemento translúcido, constituido por distintas capas especializadas, en la que una de ellas es la chapa perforada, ondulada y fabricada en aluminio- zinc, posteriormente lacada en blanco, que ofrece garantías de no oxidación en un ambiente marino poco favorable. Este material que envuelve la totalidad de la estructura horizontal y trepa por la medianería vecina, que así se convierte en parte del proyecto, matiza la luz y le otorga una unidad formal más que necesaria. Otra capa de policarbonato, deja pasar la luz y actúa como barrera impermeable hacia el agua, situándose en el interior de la chapa perforada y eliminando las consecuencias de un posible efecto invernadero.

La cubierta quiere ser una nube impermeable que matiza la luz, intentando conseguir un lugar amable bajo su sombra; un lugar sombreado y fresco por las corrientes de aire que proporciona. Un lugar mediterráneo; como escribe Llatzer Moix, *en su interior se desliza una agradable sensación de confort*.

La estructura vertical se entrelaza con la excavación buscando la mínima incidencia sobre los restos conservados. Así, se opta por contactos intrusivos donde las estructuras materiales antiguas han desaparecido y los espacios de visita quedan colgados de la cubierta para evitar interferencias poco apropiadas.

El resto de la actuación se resuelve de manera sencilla; pasarelas ligeras que permiten ver los restos de manera razonable y restituciones de suelo y paredes fabricados con tablas de madera de pino tratada en auto-clave.

En resumen, una intervención sobre la ruina, ligera y reversible.

El conjunto de las actuaciones, arqueológicas, arquitectónicas y de restauración

han sido galardonadas con el Premio Nacional de Conservación Restauración de Bienes Culturales 2012, otorgado por el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de España.



Atrio de la Domus



Vista exterior desde la calle Balcones Azules